

Edmonton, 8 de noviembre de 1962.

Sr. D. Jaime Salinas,
Editorial Seix Barral,
Barcelona, España.

Querido Jaime,

anteayer te mandé un ejemplar de vuestro libro donde marqué (o por lo menos ése fue mi propósito) todas las discrepancias que he podido observar entre él y mi original. Ayer recibí tu carta, a la que supongo seguirá pronto vuestra réplica formal a lo que os escribía en la mía del 28 de octubre. Creo que no será inútil que, entre tanto, insista en precisar algunos puntos.

Y lo primero en que, después de ver lo que me escribes, me parece que debo insistir es que la cuestión de las faltas con que ha salido el libro es sólo una parte de lo que yo os reprochaba en mi carta anterior (aunque, sin duda, sea la parte más importante); está, además, el hecho de que no imprimierais en la parte trasera de la portada lo que os mandé a ese fin, sin hablar del cambio en el título (donde tal vez sea mío el error, pues no guardo copia de la carta que le mandé a Carlos a ese propósito) ni de que tardarais por lo menos dos meses en mandarme el libro, después de acabado (lo que me inclino a creer que fue probablemente desidia, y no otra cosa peor). No es, por lo tanto, la Sección Literaria la que tiene que contestar a mis reservas, sino la Editorial, y es en todo caso la Editorial la que debe darme cuanta de las decisiones que crea oportuno tomar para remediar las chapucerías cometidas. La primera de las cuales (y me extraña que no me escribas nada al respecto) me parece que hubiera de haber sido la de detener la distribución del libro.

Debo también decirte, a propósito de lo que me escribes, que también yo hubiera preferido ahorrarme alguno de los adjetivos usados en mi carta, pero, en todo caso, no acepto tu implicación de que, al usarlos, mi propósito fuera el de haceros perder la confianza que hayáis depositado en la competencia y la buena voluntad de las personas que tenéis empleadas en vuestra Sección Literaria y que intervinieron en la corrección de mi libro (esas cuestiones de confianza son asunto vuestro y es vuestro criterio quién tiene que decidir acerca de lo que entendéis por competencia y buena voluntad), sino que mi propósito fue tan sólo el de describir, de un modo abreviado y contundente, el resultado obtenido y la opinión que él a mi entender merece, muy mala, por supuesto. Y tampoco estoy dispuesto a aceptar que sea mi sensibilidad de autor la que así me lo dé a entender; por el contrario, creo que es el resultado mismo el que se lo habrá de dar a entender de la misma manera a cualquier persona de entendimiento y juicio normales, y eso es precisamente lo que me preocupa: que esa chapucería, evidente a los ojos de todo el mundo, pero de la que yo no soy responsable, se me atribuya a mí sólo por el hecho de que se publique bajo mi firma, y que el juicio que vuestro libro merezca sea el de que yo he escrito una cochinada.

11 de noviembre. Después de escrito esto, recibí, anteayer, la carta que te incluye, que me dirige quien al parecer resulta ser el jefe de la Sección Literaria de vuestra casa. Creo que el Sr. Vent

(a quien no consigo identificar como persona a quien yo conozca) tiene cierta razón al mostrar su despecho por habersele infligido la lectura de una carta que no le estaba destinada y, lo que es aun peor para su sensibilidad, con el supuesto de que las expresiones de la más violenta desaprobación hacia su obra que en ella se contienen hubieran de aplicársele directa y personalmente. Insisto en que mi intención no fue la de herir la dignidad del Sr. Vent ni la de perjudicar sus intereses, y, por lo tanto, que el Sr. Vent se me humille aceptando (o "asumiendo", como él dice) mis presuntos insultos no me sirve de nada. Y como tampoco su carta me sirve de nada, excepto para confirmar explícitamente lo que ya yo sabía, que el Sr. Vent (o quienquiera hubiera estado a cargo de la corrección de mi libro) no se sintió obligado a tratar mi original con el debido respeto, por eso te la devuelvo.

Supongamos que el Sr. Vent tenga razón en pensar que mis traducciones de "Safo" y de Píndaro no son más que chapuceras aproximaciones (lo cual me parece plausible, con sólo que se usen criterios suficientemente rigurosos; pero me extraña que el Sr. Vent sea capaz de recurrir a ellos, cuando él mismo se siente libre de corregirle a Aldana -p. 87, v. 187- "sobre él un fiero acote descargava" en "sobre él fieros acotes descargava", o -p. 91, v. 335- "contraria vela haze al fiero pecho" en "contraria vela opone al fiero pecho") y demos por bueno, de acuerdo con el Sr. Vent, que mi propósito al escribir el libro fuera el de agenciarme un buen pasar a base de becas Felbray y Gueguenjay (lo cual me resulta chocante, pero cada cual, por supuesto, tiene perfecto derecho a interpretar la marcha del mundo y los motivos de las acciones humanas de acuerdo con su propia idiosincrasia) y aceptemos (lo que me parece más difícil) que de ahí se sigue correctamente, como el Sr. Vent pretende, que no estoy autorizado a hablarles a los Sres. Vent espaciados por este mundo de filología y poesía y que, después de la colaboración aportada a mi libro por el Sr. Vent, no me serán denegados los placeres orientales prometidos por las susodichas becas, sin embargo, nada de eso hace al caso. Pues nuestro acuerdo fue, no el de que yo os entregaba mi original para que lo publicarais impreso con más o menos corrección o más o menos fidelidad de acuerdo con el juicio que él os mereciera (o le mereciera al Sr. Vent) o con vuestra interpretación (o la interpretación del Sr. Vent) acerca de los motivos que me llevaron a escribirlo, sino el de que os lo entregaba para que lo publicarais impreso con corrección y fidelidad, simplemente. Las opiniones del Sr. Vent son, pues, completamente irrelevantes.

Dejémonos ya de chiquilladas. Ha ocurrido con mi libro algo que creo inusitado y que es en todo caso lamentable, y que no hubiera ocurrido si me hubierais permitido corregir las pruebas. La cólera en que entré al ver confirmados mis temores no creo que deba sorprender a nadie, ni creo tampoco que haya lugar a discutir la realidad y gravedad de las faltas de que está plagado el libro. Una batalla de reproches (en la que, por supuesto, yo tendría todas las ventajas) no creo que sirva de remedio, y no me interesa, como tampoco pienso que deba interesaros a vosotros, a no ser que os propongáis eludir toda clase de remedio. Pero me parece que el libro demuestra demasiado a las claras que ha sido mal hecho para que no os importe defender vuestro prestigio reparando el desastre a costa de algún dinero. A mí me bastaría, como ya te decía en la otra carta, con la destrucción de la edición y anulación de nuestro contrato: no me im-

porta la pérdida de tiempo y de energías (que también son dinero), con tal de recuperar la disposición de mi obra. Tal vez se os ocurra otra solución, preferible desde vuestro punto de vista y que no sea lesiva para mí. En todo caso, no creo que haya lugar a que eludáis por más tiempo el llegar a una decisión.

Un fuerte abrazo

Juan Ferraté.